

Hace unos días Putin sentenció: “El liberalismo está obsoleto”. No es un diagnóstico inocente, pues Putin necesita que sea cierto para justificar su propia alternativa autoritaria, pero no es el único que lo piensa. La ola populista que recorre Occidente a consecuencia de la Gran Recesión y de la revolución tecnológica ha puesto de moda la sos-

nuevo género ensayístico que oscila entre el aviso sereno y el casandrismo desatado en torno a la muerte del liberalismo democrático y su sustitución en marcha por no se sabe aún qué competidor iliberal. De la autocracia nacionalista rusa al turbocapitalismo sin democracia chino; del tradicionalismo húngaro o polaco al retorno neo-

de *The New York Times* tras décadas en *The Economist*. Sabemos que Fawcett es un verdadero liberal porque se pasa todo el libro haciéndole la autocrítica al liberalismo; y esa aversión al dogmatismo, esa honestidad a la hora de revisar las propias convicciones delata al buen liberal. Liberalismo es tolerancia en acción, escribió Pessoa; es estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo, pensó Marañón. Quizá por eso mismo, en una era condicionada por la intransigencia digital —las identidades estancas en las que el algoritmo nos confina y que han traicionado el sueño de libertad prometido por internet—, cunde el desánimo respecto del porvenir del trabajoso sistema de contrapesos que ha hecho a los hombres más prósperos y pacíficos de lo que nunca soñaron.

El liberalismo es un credo muy delgado; de ahí su debilidad, pero también su atractivo. Fawcett identifica los cuatro principios que lo definen: “a) La aceptación de que el conflicto moral y material no puede ser eliminado de la sociedad, sino tan solo contenido y encarilado; b) la hostilidad hacia el poder no sometido a control, sea político, económico o social; c) la fe en que los males sociales pueden ser curados y la vida humana mejorarse; d) el respeto, respaldado por la ley, que tanto el Estado como la sociedad deben mostrar hacia la vida y proyectos de las personas, independiente-

mente de lo que estas crean y sean”. Y no hay mucho más. Por eso, por el vasto espectro de tendencias que cumplen estas condiciones, hay y habrá sin contradicción insalvable liberales de izquierdas y liberales de derechas, entre los cuales incluye el autor lo mismo a Willy Brandt que a Thatcher; a Mitterrand y a Kohl. Fawcett invoca a los

**FAWCETT SE PASA EL LIBRO  
HACIÉNDOLE LA AUTOCRÍTICA  
AL LIBERALISMO Y ESA  
HONESTIDAD AL REVISAR  
SUS CONVICCIONES  
DELATA AL BUEN LIBERAL**

pensadores que, guiados por el deseo de sacudirse tutelajes eclesiales o aristocráticos, fueron levantando el edificio liberal desde la Ilustración a nuestros días: de Kant a Mill, de Constant a Tocqueville, del Sastre existencialista a Rorty. Y muestra una habilidad especial para desmascarar tanto a conservadores, que no creen en el progreso, como a izquierdistas, que no creen en el mercado.

Es lástima que Fawcett se ocupe de cuatro únicos países: EE.UU, Reino Unido, Francia y Alemania. De estudiar el caso español, habría descubierto que aquí el libertarismo —impuestos bajos, individualismo y que el pobre se arregle como pueda— ha fagocitado a menudo al liberalismo, cuya apuesta por el capitalismo bienestarista (emprendimiento y redistribución) debe ser firme para seguir ofreciendo una esperanza de continuidad al mundo libre. **JORGE BUSTOS**



## Sueños y pesadillas liberales en el siglo XXI

EDMUND FAWCETT. Página Indómita. Barcelona, 2019. 288 páginas. 22,90 € |

pecha de que el modelo demoliberal ya ha cumplido su función: el invento, tras casi tres siglos ofreciendo una meta de igualdad y libertad, no da más de sí.

El desprestigio político que alimenta la desafección, la deriva económica que amplía la desigualdad, la soledad geopolítica tras las deserciones de los Estados Unidos de Trump y el Reino Unido del Brexit —otrora referentes de pluralismo— y el escaso atractivo que ejercen los ideales liberales en comparación con la potencia hipnótica de la identidad nacional, de raza, género o clase han alumbrado un

marxista que opone la soberanía del pueblo a las instituciones democráticas que separan el poder.

Hay motivos evidentes para la inquietud, pero quizá la inquietud sea el estado natural del liberalismo. Que no es propiamente una ideología sino más bien una práctica, una tradición derivada de un temperamento. De algún modo instintivo distinguimos a un verdadero liberal de uno que lo es solo de pacotilla —como lamentaba Baroja de los liberales españoles—, pero nos cuesta explicar por qué. De ahí la luminosa utilidad del ensayo de Fawcett, veterana firma